

Las cosas no marchan tan bien como parece

H. Javier Marquínez

El 20 de abril de 1820 es una fecha para enmarcar con letras de oro en la historia del Piadoso Socorro. Ese día llegó a la providencia un joven de 20 años llamado Guillermo Arnaud. Era natural de La Rochette, un pueblo diminuto de los Altos Alpes, la región montañosa de moles desoladas y desérticas.

La pobreza del lugar obligaba a muchos jóvenes a emigrar desde muy temprano a las ciudades vecinas, siendo Lyon uno de los destinos predilectos. La industrialización de la ciudad, debida en gran parte al negocio de la seda, había traído muchos campesinos que buscaban una ocupación más estable que el trabajo en los campos y las montañas, donde siempre hay que estar mirando al cielo para adivinar tu futuro y el de tu familia.

Guillermo había llegado Lyon seguramente con 12 o 13 años y enseguida había dado sus primeros pasos en el negocio de la seda, aprendiendo el oficio con la señora Besson, un pequeño taller en el barrio de la Croix-Rousse. Allí lo había reclutado el Padre Coindre para llevárselo al Piadoso Socorro. Enseguida se adaptó a las circunstancias del nuevo establecimiento: los muchachos que trabajaban allí eran pequeños delincuentes que habían sido recogidos por el Padre Coindre al salir de la cárcel.

De este modo, a principios de 1821 la providencia del Piadoso Socorro estaba ya en pleno funcionamiento. Los chicos ocupaban el gran edificio central, mientras que la familia Coindre, la madre y la hermana, se habían instalado en la pequeña casa burguesa. La familia no acababa de superar la sucesión de desgracias de los últimos tiempos. A la muerte del patriarca de los Coindre, Vicente, fallecido en 1818, se había sumado la de de François Pallière, marido de María Marta, muerto en octubre de 1820 con escasos 24 años. El matrimonio de la muchacha había durado escasamente dos años y, desolada, había vuelto a la casa familiar del Piadoso Socorro. El hermano menor, Francisco Vicente, completaba su formación sacerdotal en el seminario de San Ireneo y acudía a la residencia familiar con bastante frecuencia, lo que aliviaba el luto de las dos mujeres.

Aunque en el establecimiento había varios trabajadores, alguno de ellos profesionales experimentados en el oficio, enseguida el Padre Coindre encargó el cuidado de los chicos a los dos empleados más jóvenes, a Antonio y Guillermo.

Un día, mientras los alumnos estaban en el patio al cuidado de los maestros, el Padre Coindre llamó aparte a estos dos jóvenes.

—Buenos días muchachos —dijo el sacerdote sentándose en uno de los taburetes que estaba junto a un telar, parado en aquellos momentos—; ¿qué tal va todo?

—Muy bien padre —dijo Antonio con la tranquilidad con que le caracterizaba—. Estamos contentos con los nuevos alumnos; se ve que tienen ganas de aprender.

Antonio Genthon era un chico de unos 20 años, como Guillermo. Estaba con el Padre Coindre desde los primeros tiempos de la fundación de la providencia en la Cartuja, en 1817. Enseñaba a los alumnos a devanar la seda y a manejar los telares. También hacía de maestro de lectura, escritura y cálculo. Esta formación académica le venía de los estudios de teología que ya había

comenzado, por lo que podemos suponer que tenía algún tipo de vocación para abrazar la vida religiosa. Era un joven tranquilo, de gesto siempre sosegado y palabra amable, por lo que constituía el contrapunto excelente para aquellos muchachos de la providencia, habitualmente inestables y pendencieros.

—Y usted, mi querido amigo —dijo Coindre con una amplia sonrisa dirigida al otro joven, a Guillermo—, ¿cómo ve su trabajo en la providencia? ¿Está contento?

—Mucho —replicó el muchacho con entusiasmo—. Llevo casi un año en la casa y no me arrepiento de haber aceptado su invitación. Siempre me ha gustado el trabajo de la seda, pero ahora le he encontrado un sentido distinto, ayudando estos chicos a superar la situación en la que se encuentran. La verdad es que estoy muy contento y creo que las cosas marchan muy bien .

—Me alegro joven —replicó el sacerdote—; pero yo creo que las cosas, desde mi punto de vista, no marchan tan bien como usted dice.

Los dos jóvenes mostraron claros signos de alarma ante la inesperada confesión del sacerdote. El Padre Coindre era un hombre de un optimismo desbordante, y en ese momento les estaba confesando que la situación no era tan positiva como podía parecer.

—Qué pasa —dijo Guillermo con gesto serio que había borrado de inmediato la sonrisa de su cara—. Dígame cómo podemos ayudar...

—Mis queridos amigos —dijo el sacerdote en tono casi confidencial, como revelando un asunto reservado solo para ellos—, la providencia marcha bien, pero no tan bien como a mí me gustaría. Saben que mi propósito al crear el Piadoso Socorro era conseguir que estos muchachos tan maltratados por la vida conocieran la religión y el amor de Dios. Desgraciadamente, como ustedes saben, la mayoría de los profesores, sus compañeros de trabajo, no pueden enseñar el evangelio, porque ellos mismos no lo conocen.

El sacerdote hizo una pausa, se levantó del taburete y emprendió un paseo por el taller, vació en aquellos momentos a excepción de los tres protagonistas. Los dos muchachos siguieron sentados, observando al sacerdote que seguía hablando sin dejar de caminar:

—Estoy pensando seriamente en fundar una congregación religiosa para que se ocupe de esta obra. De esta manera, los chicos tendrían asegurado el conocimiento de la fe y la religión, y una buena formación humana. Además, la economía iba a ser mucho más fácil que hasta ahora; ustedes son conscientes de cuánto nos cuesta llegar a fin de mes, a pesar de la generosidad de algunas buenas almas caritativas que nos ayudan

Los dos muchachos quedaron en silencio. No sabían si el Padre Coindre les estaba invitando a hacerse religiosos o los estaba despidiendo de su trabajo para llamar a otros. Sin embargo las siguientes palabras del sacerdote despejaron todas sus dudas y pusieron, a los dos, ante la gran pregunta que iba a decidir el futuro de sus vidas:

—¿Están ustedes dispuestos a servir a Dios con todo su corazón y a entregarse por completo a su amor y a la educación de estos jóvenes? ¿Quieren ser los primeros religiosos de la congregación que quiero fundar?